



Bismarck.

Celebridades.

El carácter, la política, las aspiraciones todas y el pensamiento de este famoso estadista se reflejan vigorosamente en las palabras que tuvo la valentía de pronunciar el 30 de Septiembre de 1862 ante la comisión de presupuestos del Congreso de los Diputados: «Con discursos y votaciones de mayoría no se decide las grandes cuestiones de la época; este es asunto que ha de resolverse con hierro y con sangre.»

Y, en efecto, á sangre y fuego llevó Bismarck sus ideas á la práctica, sin importarle gran cosa las grandes protestas de Alemania y el desagrado de Europa. Dotado de extraordinarios talentos y de una voluntad inflexible, y

obrando de acuerdo con el soberano de Prusia, comenzó á ejecutar la idea que cacareaban los centralistas y federalistas germanos, la idea de la *unificación*, obra que reclamaba un agente incapaz de doblegarse á la debilidad, de sentir miedo ante la sangre ó de abrigar en sus entrañas la misericordia.

Poco á poco toma cuerpo la idea del canciller: Dinamarca se desmembra, y los ducados de Schleswig y Holstein pasan á la corona de Prusia; Austria se hunde en Sadowa y es excluida de la Confederación Germánica; Francia sepulta en Sedán sus arrogancias imperiales, y la Confederación de la Alemania del Norte sustituye á la primera, desapareciendo al fin para abrir paso al imperio. Bismarck, el gran déspota de nuestros días, se siente satisfecho; que en política suele considerarse como obra meritoria y grande la de aniquilar las fuerzas de las naciones, regar con sangre los estados y hacer llorar á la humanidad como si fuera culpable de haber engendrado la soberbia de los déspotas.

La obra de Bismarck no es una obra definitiva y firme. Los pequeños estados del Sur de Alemania no están contentos con su suerte, aunque aparenten gran satisfacción por participar de la grandeza del imperio. Un Bismarck meridional daría probablemente al traste con la *unidad* alemana, y la obra famosa que con tanta sangre se llevó á cabo se trataría de destruir con más sangre, que es el modo como los hombres sabemos resolver los hondos problemas de apoderarnos de lo que no es nuestro, de trastornar lo existente ó de crear algo que satisfaga nuestra vanidad ó deje satisfecho nuestro amor propio. La grandeza de muchos hombres, para ser grandeza, ha menester bañarse en el dolor y las lágrimas de los pueblos.

Y esta es la grandeza de Bismarck.

Don Gil de las Calzas Verdes.

7 Enero 1900.

UNA CALAVERADA

En el café, caldeado por la estufa y el humo del tabaco, se disfrutaba agradable temperatura, mientras por la calle corría un aire fino, penetrante y helado; ese viento frío de Madrid que, como dice el vulgo (y es de las pocas veces que tiene razón), no apaga un candil, pero mata á un hombre.

Junto á una mesa arrinconada, cubierta de platos, vasos y botellas, se veía en primer término, ocupando la silla, una mujer flacucha, pálida, vestida con traje verdoso en el cual caían lazos de colores chillones, y sobre la cabeza negra toquilla cuyos deshilachados se confundían con el cabello al desgaire; frente á ella, inclinado en el sofá, un joven de rostro simpático la contemplaba con sonrisa de orgullosa satisfacción.

La mujer alargó la mano á una copa de vino y se detuvo, diciendo:

—Pero, ¿qué es eso? ¿Usted no come? Señorito...

—Carlos—interrumpió el joven.

—Pues bien, señorito Carlos, usted dijo que no había cenado, y mientras yo devoro todo cuanto me traen, los platos de usted se los llevan lo mismo que vienen.

—No se preocupe por eso—contestó Carlos;—yo gozo viéndola comer con tanto apetito; lo que me entristece es pensar en los miles de criaturas que no podrán hacer lo mismo.

—¡Oh, es horrible! Usted, rico, elegante, gastando alegremente su dinero, no puede figurarse el martirio tan tremendo de tener hambre y no saber á quién pedirle, de sentir el frío hasta los huesos y no poder abrigarse.

—Pues créame, á pesar de la frivolidad de mi vida, en alegre libertinaje que ahoga los buenos sentimientos, he reflexionado muchas veces la contradicción tan espantosa que existe al ver esos teatros siempre abiertos, esas mesas suntuosamente servidas, esos almacenes donde se acaparan las producciones más necesarias, y al lado de tantas grandezas las mujeres y los hombres atormentados por el hambre y el frío.

Ella había apoyado su cara sobre la mano huesuda, escuchando á Carlos con creciente interés, y sus ojos, hundidos por la demacración de los pómulos, brillaban con relampagueos de enternecimiento. Cuando vió que Carlos terminaba, le replicó:

—Siga usted, siga usted diciendo esas cosas tan bonitas y tan bien expresadas; si no le molestara, añadiría el desprecio con que tratan á las mujeres la mayor parte de los hombres; yo, fea y arrugada á los treinta y dos años como una vieja de sesenta, no siento sorpresa de que me insulten; pero recuerdo los días de mi juventud, una edad en que ninguna mujer resulta desagradable, y, sin embargo, los hombres que me martirizaban en aquella época son exactamente iguales á los de hoy. No lo digo por usted, que me parece una excepción.

—No, no lo creas—se apresuró Carlos á contestar;—yo no soy ningún hombre excepcional; soy como todos, cruel, despiadado, sin consideración á la delicadeza de los sentimientos femeninos, ni benevolencia para los defectos que adquirís con una educación ciega y rutinaria. Hoy hace cinco años que murió mi madre, y su recuerdo es el pensamiento triste de mi vida; á ella tienes que agradecerle esta cena; más de una vez me lo había dicho: «Ten compasión de esas pobres mujeres sin alma, desgraciados instrumentos del placer, á quienes el mundo les niega hasta el corazón, y cuando te las encuentres por el camino, no las maltrates, no las injurias, no añadas nuevos martirios á los que sufren esas infelices». Quiere parecerme esta noche que mi madre sonríe desde el cielo; tú estabas en la calle, apostada en una esquina, como centinela del vicio; te vi tiritando de frío; quizá tenga hambre, dije, y el recuerdo de las palabras de mi madre me incitaron á proponerte esta cena, que rehusabas, creyéndola una broma de señorito.....

Al concluir estas frases, dichas con voz emocionada en tropel bullicioso, jóvenes

elegantes y viejos retocados penetraron en el café, deteniéndose todos con no disimulada admiración en las proximidades de la mesa donde Carlos cenaba.

—No cabe duda, dijo uno de ellos, es Carlos con una mujer feísima; y le ofrece vino, y la mira con ojos lacrimosos. ¡Ah! Señores, indudablemente nuestro amigo ha perdido el juicio. El, tan elegante, tan rico, tan solicitado de nuestras bellas, cenando con una golfa del arroyo... ¡Valiente calaverada!

—Quién sabe—replicó un viejo de rostro acareado;—tal vez sea un capricho que debemos respetar; pero me extraña, porque Carlos ha sido siempre de gusto muy delicado.

Carlos volvió la cabeza al escuchar los murmullos de la conversación y, reconociendo á sus amigos, se levantó del asiento saludando con gesto contrariado.

—¡Buena conquista! ¡Qué afortunado estás! ¡Que sea enhorabuena!, fueron las frases que contestaron su saludo.

Carlos, sin inmutarse, sonrió tristemente y replicó:

—Sí. ¡Una calaverada! ¿Qué queréis? ¡El hombre es tan caprichoso!.—Y bajando la voz, le dijo á la mujer:—Vente, cogida de mi brazo, en triunfo; quiero dar una lección á esos... imbéciles.

El mozo, poniéndole el abrigo, contemplando á la amorosa pareja y reflexionando *in mente*:

—¡Pobre D. Carlos! Buena borrachera ha traído esta noche!

J. Pérez Guerrero.



Cantar.

Cruzo este mundo riendo
por no aburrir con mi llanto;
lloro en el fondo del alma...
así no se nota tanto.

Antonia Bustos.



LA CAPA

Hace mucho frío, pero bendito sea él, como dicen los calaveras.

El frío es el gran encubridor de las picardías amorosas.

Veamos cómo.

No basta el gabán, ni el chaleco de Bayona, ni los calzoncillos forrados de lana con pelusilla; es preciso salir á la calle, sobre todo por las noches, con esos sacos de peregrino en buena posición que dan á los elegantes el aspecto de osos jóvenes y bien parecidos.

Sólo merced á esa envoltura es como se consigue combatir los rigores de la estación... y aprisionar doncellas.

Pero para esto no hay como la capa.

Está averiguado que la capa no abriga, pero molesta, y algunas veces hasta produce dolor de estómago, pues nos tapamos con ella la boca y chupamos sin querer el tinte de los embozos que, cuando son baratos, suelen tener veneno.

Además, la capa pesa y se cae de los hombros, y si nos sentamos en el café sirve de alfombra á todos los que entran y salen en el establecimiento.

La capa, sin embargo, tiene una misión especial en la tierra: la de ocultar el rostro del seductor de oficio.

Sale del obrador la dulce ribeteadora ó la inocente chalequera. El seductor se sube el embozo de la capa y echa á andar detrás de su víctima.

—¿Quién será este joven que me sigue?—va pensando la paloma perseguida.

El seductor, sin pronunciar palabra, se acerca todo lo posible hasta colocarse al lado de la joven, y resguardado por el embozo, comienza á deslizar frases amorosas.

Ella trata de descubrir las facciones del galán, pero es inútil.

—¿La verá usted mañana?—pregunta él.

—Según para lo que sea—responde ella balbuciente.

—Para que hablemos.

—Le *avuerto* á usted que soy hija de familia.

—Yo también. ¿A qué hora sale usted del obrador?

—A las ocho.

—Pues bien... hasta mañana, ¡preciosa!

Y sin bajarse el embozo consigue el seductor que la incauta joven acepte al otro día un cuarterón de batatas de Málaga en dulce y á la noche siguiente un reloj de veinticuatro reales, de esos que no andan como no se les empuje con el dedo, y por último entrega su corazón al hombre de la capa... que al bajarse el embozo resulta ser de la edad próximamente de D. Ramón de la Cruz.

Pero ya es tarde...

Luis Taboada.

¡Tirano amor!

Huyendo de un amor sin esperanza,
agotadas en flor mis ilusiones,
sin hallar un instante de bonanza
en el fervido mar de las pasiones;
harto de andar con el destino en guerra
y de sufrir reveses á millares,
á un pueblo de la sierra
fume á buscar consuelo á mis pesares.
Y de aquella mujer que fué mi encanto,
de aquella que inspiró mi amor profundo
y á la que quise tanto
que era para mi amor pequeño el mundo,
me alejé decidido
á olvidar su traición inicua, infame,
creyendo en mi inocencia que el olvido
está siempre á merced de quien lo llame.

¡Qué hermosa, qué feliz, qué apetecida
es la vida del campo, donde el alma,
tras las rudas batallas de la vida,
sus pesares olvida
y halla por fin la bienhechora calma!
¡Quién pudiera gozar eternamente
de esa vida feliz y sonriente
que es de venturas manantial fecundo,
sin aspirar el ponzoñoso ambiente
de esa cloaca que se llama mundo!
Dejar el lecho al despuntar la aurora
cuando de rojo y grana
el cielo lentamente se colora
con el tibio fulgor de la mañana.
Aspirar el tesoro
de perfumes que Flora nos envía
y del alado coro
escuchar el sonoro
himno de amor con que saluda al día.
Ver el sol que á lo lejos
entre arbores por Oriente asoma,
inundando sus vívidos reflejos
el hondo valle y la empinada loma...

Cuando por artes de mi buena estrella
me hallé ya de mi mal restablecido,
y el recuerdo de aquella
moría lentamente en el olvido,
y entre los dos el tiempo y la distancia
abrieron el abismo más profundo,
salíome al paso la gentil Venancia,
¡una paleta que valía un mundo!
Una moza garrida y arrogante,
de tez cobriza por el sol tostada,
de blondos rizos, como el sol brillante
la expresiva mirada;
una Venus de talle modelado,
mujer muy digna de alabanza eterna,
que, rigiendo un arado,
caminaba descalza de pie y pierna.
Yo le hablé del amor, le dije flores,
la llamé «dulce encanto» y «alma mía»,
pintando con espléndidos colores
la ardiente llama que en mi pecho ardía.
¡Que aquella moza de los rizos blondos
que, bien á mi pesar, aún no he olvidado,
abrió en mi corazón surcos más hondos
que en el duro terrón con el arado!
Quedé en las redes de su amor prendido,
porque, á veces, sujeta
con cadenas de flores
al hombre más audaz, al más corrido,
el salvaje candor de una paleta;
¡pero sorda á la voz de mis amores,
jamás por ella fui correspondido!

Y al verme desdeñado
por aquella adorable criatura,
que era sólo feliz con el arado
abriendo surcos en la tierra dura,
maldije airado de mi infausta estrella,
y olvidando mi ingénita arrogancia,
¡volví los ojos á la ingrata aquella
con el fin de olvidarme de Venancia!

Manuel Soriano.

OBSERVACIONES

En los tiempos de nuestra historia goda era muy frecuente que los reyes murieran á manos de cualquier asesino, que, por lo común, era el sucesor del difunto monarca.

Los libros que sirven de texto á los muchachos dicen así: Este rey murió asesinado por .. (Aquí el nombre del siguiente rey, en letra bastarda, por supuesto.)

Ahora, de vez en cuando también, algunos jefes de estado caen á manos de algún atrevido; pero éste, en vez de pasar al trono, pasa inmediatamente al otro mundo.

En esto, pues, han variado las costumbres.

..

Es curioso.

En unos el buen humor sale del corazón alegre y puro, en otros del bolsillo repleto y brillante, en muchos del estómago convertido en almacén.

Lo primero es noble, lo segundo... *vaya*; lo tercero es lamentable.

..

Apenas hay discurso en que los oyentes, á más de oír con paciencia al orador, no tengan que hacer dos cosas penosas: trasladarse á países remotos y abrir las pesadas páginas de la historia.

..

Vean ustedes á un individuo que está escribiendo con más ó menos esfuerzo en un papel.

Miren ustedes cómo, inclinado sobre la limpia cuartilla, estira nervioso el pobre bigote, que ninguna culpa tiene, como si tirase de la perezosa palabreja que ni viene ni asoma.

Miren también cómo se le abrillanta la frente con un frío preludio del peor sudor, el del trabajo interno, que á falta de inspiración brota del cerebro.

Y vean cómo el pobre coge la pluma, veinte veces seca, y la sostiene en el aire ó la fija en el papel, no para escribir palabras, sino para dejar caer borrones.

Y al fin de la jornada el infeliz escritor acaba por quedarse sin calor, sin papel, sin pluma, sin fuerza, sin bigote y sin paciencia.

¿Han visto, por ventura, trabajo mayor en los talleres ó en los campos?

..

¿Saben ustedes lo primero que hace un estudiante cuando se instala en la casa de huéspedes?

Lo primero de todo, antes que deshacer la maleta, es *hacer el amor* á las vecinas.

..

Tienen algunas personas—no todas, por desventura,—un sentido especial que pudiera llamarse «el sentido de la impertinencia», y así como el oído nos da cuenta de los sonidos, éste nos avisa de las *murgas*, *pesadeces* y otros abusos semejantes.

Los que carecen de tan útil sentido se llaman insufribles, y lo son, en efecto.

..

Con todos los libros y periódicos se puede formar una gran torre, semejante por más de un concepto á la torre de Babel.

Ahora, como en los campos de Senaar, el castigo es el mismo: la confusión.

..

En muchos lugares se puede ver lo siguiente:

Sobre una roca firme que ha visto, sin moverse, venir y desaparecer los siglos, se alzan tristes y pobres las ruinas de un edificio.

En la roca parece vivir la tranquilidad que espera, la majestad que desafía, el poder que resiste y vence; en las ruinas sólo se ve con pena la debilidad que desfallece.

Un ruiseñor que se posa en un picacho de la roca y suelta sus arpegios soberanos, parece cantar el himno de la omnipotencia de Dios; el murciélago que anida entre las ruinas canta también, con áspero graznido, la pobre copla del esfuerzo humano.

¡Los ricos!

Ahora los ricos no suelen tener más que dos ideas: una muy grande de su dinero, y otra muy chica de todo el género humano.

Mariano D. Berrueta.



ANTE EL CUADRO DEL CÉLEBRE PRADILLA

«LA RENDICIÓN DE GRANADA»

Contemplando tu cuadro, de severa
y dulce entonación, del arte vida,
á un moro vi con la cabeza erguida,
de negro cutis y mirada austera.

Más negro el pecho, por su angustia, era,
y aún más el alma de dolor transida;
triste recuerdo, su ilusión dormida
fué á despertar, como ilusión postrera.

—¡Alhambra!—dijo—; como tú... ninguna,
bella sultana, del harem señora;
trono y orgullo de la media luna;

tumba has de ser de nuestra raza mora...
¡Adiós, Granada, de mis padres cuna,
hoy más que nunca el corazón te llora!...

Gonzalo Cantó.



COSAS DE LA SUERTE

Se moría sin remedio... La pobre niña, en su corta edad, lo comprendía, más bien, lo adivinaba; cinco días postrada en el lecho, víctima de esa cruel enemiga de la clase baja que llaman anemia... Cinco días de sufrimientos y angustias indecibles para su padre que, con los ojos enrojecidos por el continuo llanto, velaba á su cabecera... Aquel día la enferma se agravó mucho más que los anteriores... La pobre niña sentía á veces un frío que entumecía todo su cuerpo, ó ya un calor intenso que abrasaba sus entrañas y le impedía respirar, obligándola á arrojar lejos de sí cuantos objetos tenía sobre ella como abrigo... Ya sus dientes castañetecaban por el frío, ya su pecho respiraba fatigosamente... Aquella rubia y hermosa cabellera, propia más bien de un querubín, hallábase enmarañada, hecha greñas; aquel delicado cuerpo temblaba por la calentura...

Muchas veces, la niña abría sus azules y hermosos ojos, y exclamaba:

—¡Pan, papá!... ¡Tengo hambre!...

¡Tengo hambre! ¡Qué lacónica frase y, sin embargo, cómo llenaba su alma de desesperación y amargura!... ¡Tengo hambre!... Dos palabras que, destrozando su alma, envolvían todo un trágico poema de penalidades y desdichas

¿Con qué satisfacer esta necesidad? ¿Con qué dar ánimo al desfallecido y débil cuerpo de su Consuelito!... Todo lo habían empeñado; únicamente conservaban el viejo jergón sobre el que ella reposaba y una vieja banqueta que servía de asiento á su padre... Todos los recursos se habían agotado; hasta la caridad de las vecinas... A fuerza de continuos ruegos, de repetidas molestias y de numerosos donativos, la misericordia debía tener sus límites.

¡Cuántas veces Joaquín, en medio de su desventura, había pensado en el suicidio!... ¡Cuántas noches, velando á su hija, aquel único consuelo que conservaba estuvo tentado de realizar sus propósitos!...

Al respirar fatigoso y ronco de la enfermita se mezclaba muchas veces alguna maldición que de sus labios se escapaba... La carencia de trabajo y la miseria en que vivían era disculpa suficiente para acoger semejante pensamiento.

El desventurado padre apoyó su calenturienta cabeza sobre ambas manos y comenzó á sollozar tristemente, pero bajito, muy bajito, para no interrumpir el sueño, entonces tranquilo, de su hija.

Mas de pronto los sollozos cesaron; en el demacrado rostro de Joaquín se retrató un leve destello de alegría; asaltó á su mente el recuerdo de que hacía bastantes días entregó un memorial á una asociación benéfica de damas; quizá haciendo caso de aquella petición, concedieran alguna limosna; quizá la recibiera aquel día, y entonces podría pagar la asistencia de un médico para su hija... Pero á la esperanza siguió el abatimiento; Joaquín inclinó su cabeza sobre el pecho y así permaneció durante largo rato: pensó que, como habían transcurrido muchos días desde que presentó la solicitud, el donativo podía darse por no concedido.

—¡Tengo frío, papá!— murmuró con débil voz Consuelito, sacándole con este lamentó de sus cavilaciones.

Por toda respuesta, Joaquín estampó un ardoroso beso sobre la pálida frente de su hija, que debió difundirla un suave calor, pues sonrió dulcemente... Después se quitó la raída chaqueta, única prenda que le abrigaba, y cubrió con ella á la enfermita...

Apenas hubo hecho esto, observó con espanto que su rostro se ponía violáceo, uego inmensamente pálido... Su pequeña boca comenzó á contraerse, sus ojos parpadearon horriblemente...

Joaquín, medio loco, idiota, contempló con estúpida mirada las transformaciones, precursoras de la muerte, que se verificaban en el rostro de su hija... Vió en lontananza seis primaveras marchitas, un capullo destrozado y, abrazándose á su cuerpo, le besuqueó locamente, escuchando los latidos, cada vez más lentos, de aquel diminuto corazón...

Ha transcurrido una hora... El crepúsculo vespertino, la hora de los que sufren, comienza á invadir con sus sombras aquel miserable recinto, y entre la penumbra de un rincón puede verse un grupo inmóvil y oírse unos sollozos inarticulados...

Es Joaquín, que aún permanece abrazado al cuerpo de su ya difunta hija... Aquel cuadro, sombrío, terrible, con su muda elocuencia entristece el alma; por eso el crepúsculo parece que llora la muerte de aquel ángel, enviando sus tristes é indecisas luces...

Joaquín se levanta y contempla el cadáver de su hija... Su rostro es el mismo, algo pálido nada más: parece de cera... Sus molletes hinchados un poco, sus labios ligeramente amoratados y sus párpados entreabiertos dejan ver unas pequeñas pupilas, vidriosas é inmóviles...

En su cara, con la marmórea palidez que imprime la muerte, no se retrataría

nunca la dicha; sus labios no sonreirían ni pronunciarían jamás aquellas palabras que le embelesaban; sus ojos ya no le mirarían dulcemente...

Los pasos de un hombre que penetraba en la buhardilla llamaron la atención de Joaquín, que volvió la cabeza para ver quién le interrumpía; era un joven que, mudo, al contemplar el cadáver de la pequeña niña, se detuvo vacilante, al mismo tiempo que tenía en su mano una carta... Joaquín la cogió maquinalmente, destrozó el sobre y su callosa mano tropezó con un perfumado billete: era de la presidenta de la asociación benéfica que, enterada por el memorial de su precaria situación, le enviaba cincuenta pesetas...

Y cuando hubo terminado la lectura, entró una vecina que, enterada de la li-mosna é ignorante de su desgracia, decía á borbotones:

—¡La felicidad, la alegría, señor Joaquín, le trae á usted este joven!... La felici...

Pero no concluyó: se detuvo al ver el cadáver de Consuelo, avergonzándose por haber dicho tales palabras, que en aquella ocasión eran un sarcasmo.

—¡La felicidad!—contestó Joaquín, mirando extraviadamente el billete.—¡La felicidad dice usted que es este papel!... Era ésa—y señaló á su hija,—y ésa la acabo de perder para siempre...

Y mientras estrujaba nerviosamente aquel papel, el joven, mudo de tristeza, lloraba, y la vecina, lloriqueando también, se puso de rodillas ante el cadáver y sus labios murmuraron una fervorosa plegaria...

Emiliano Ramírez.



NUESTRO CONCURSO

Desde hoy queda abierto, y su tema único es *el chiste*. Este concurso será permanente, y MISCELÁNEA pagará, por cada uno de los chistes *elegidos*, TRES PESETAS, ajustándose á las siguientes condiciones:

- 1.^a No admitiremos chistes conocidos.
- 2.^a Los que merezcan premio serán publicados por turno, advirtiéndose que no saldrá más que uno en cada número del periódico, y los ilustrarán los más reputados dibujantes.
- 3.^a No se pagará ningún chiste hasta transcurridos ocho días á contar desde la fecha de su aparición en nuestro semanario, con objeto de que los lectores puedan reclamar y advertirnos su falta de originalidad: en este caso no admitimos reclamación alguna del supuesto autor.
- 4.^a Al pie de los chistes irán las firmas de sus autores.
- 5.^a MISCELÁNEA se reserva el derecho de formar, en volumen aparte, la colección de los publicados.
- 6.^a Los remitentes habrán de ajustarse al fallo de la Redacción de MISCELÁNEA, la cual queda absolutamente excluida del concurso.



Por correo.

C. R. G.—No me sirve.
Nebreb.—Lo del *paraíso* es verdaderamente in-sulso; las *uvas* no puedo tragarlas: deseo complacer á usted, pero no da motivo para ello.
P. T.—Tienen muchas incorrecciones; los tercetos, singularmente, son muy malos.
M. L. y C.—No versifica usted del todo mal; pero hay que decir algo, algo...
C. M.—Esas combinaciones están ya bastante anticuadas.

F. G.—¡También es mucho que se le antoje á usted besos el murmullo de un arroyo! Poesía, pero ¡no tanta!

X. Y. Z.—No, señor; no me agrada. ¡Ah! y las lágrimas del dolor también se borran; ¡ya lo creo que se borran!

F. B. G.—Realmente es un atrevimiento inaudito querer escribir *Historia* cuando se dice: *es posible que mis trabajos se hallan extraviados*. No, señor; no he recibido trabajos de usted anteriores á éste.